

La amistad da cumplimiento a las palabras de Jesús: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 12-13). Según el padre Servais Pinckaers, op, la moral cristiana de la amistad se funda en las virtudes teológicas y en los dones del Espíritu Santo, en la gracia divina, que es la fuente de estos dones y de la felicidad (bienaventuranza), así como de las bienaventuranzas evangélicas, objetivo último de la Nueva Ley.

Contra la violencia hay que dar prioridad a la formación de comunidades de amigos cristianos. En nuestra peregrinación terrena, estas comunidades dan testimonio de la solidaridad en primer lugar y sobre todo celebrando el Bautismo y la Eucaristía, haciéndose cargo de los enfermos, asistiendo a los moribundos, visitando a los encarcelados. En la vida social los cristianos están llamados a perseguir la perfección de la justicia, y lo hacen cada vez que construyen “redes” de amigos que actúan en el mundo de la política y de la economía.

También la oración y la contemplación son esenciales para la respuesta cristiana a la violencia. Tenemos que reavivar la memoria de la apertura de la Puerta Santa del año jubilar. Es la puerta del perdón y de la reconciliación. Y está estrechamente relacionada con el gesto del Papa durante aquella Cuaresma: la confesión de los pecados del pasado cristiano y la petición de perdón en nombre de los cristianos.

Ante la violencia los cristianos tienen que rezar y recibir el sello del Espíritu Santo. No es una casualidad el que el Papa escriba que “Cristo, con el don de su Espíritu, da contenidos y significados nuevos a la ley de la reciprocidad, a la entrega del hombre al hombre. El Espíritu, que es artífice de comunión en el amor, crea entre los hombres una nueva fraternidad y solidaridad, reflejo verdadero del misterio de recíproca entrega y acogida propio de la santísima Trinidad. El mismo Espíritu llega a ser la ley nueva, que da la fuerza a los creyentes y apela a su responsabilidad para vivir con reciprocidad el don de sí mismos y la acogida del otro, participando del amor mismo de Jesucristo según su medida [...]. No sólo es una exigencia personal sino también social, que todos debemos cultivar, poniendo el respeto incondicional de la vida humana como fundamento de una sociedad renovada” (*Carta encíclica Evangelium vitae*, nn. 76 y 77).

El 11 de septiembre de 2001 nos ha obligado a todos a pensar de nuevo en los propios valores morales, del primero al último. Guerra, muerte, violencia, vuelven a entrar en nuestro universo espiritual. Nuestro viaje sobre la tierra es un exilio: “Así pues, salgamos donde él fuera del campamento, cargando con su oprobio; que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro” (Hb 13, 13-14).

*J. Francis Card. Stafford*